

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
12 Octubre de 1889.
NÚMERO 54.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

ANTONIO SÁNCHEZ PEREZ

A la justísima fama que en la república de las letras, y en todas las repúblicas, tiene conquistada el castizo y elegante escritor cuya *vera efigie* damos hoy en esta plana, hay que añadir el nuevo y legítimo triunfo alcanzado en el Teatro de la Comedia, la noche del último miércoles, con su preciosa obra *El primer choque*.

¡Qué bombo se pierde por ser colaborador de LOS MADRILES!

Nuestra enhorabuena al Maestro.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.

Seis meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

» ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



A. Pons

DIARIO CÓMICO

Comenzamos nuestro *Diario* con una nota triste. El martes último falleció en esta corte la virtuosa señora doña Carmen Buylla, madre de nuestro buen amigo y compañero D. Vital Aza.

Acompañamos al distinguido escritor en la profunda pena que experimenta por tan irreparable pérdida.

Aquí ya no se dan pases.

A no ser pases de muleta. O pases para Ultramar.

El señor ministro de Gracia y Justicia se ha empeñado en extirpar el vicio del juego, y los jueces de Madrid están secundando con energía las órdenes terminantes de S. E.

¡Qué semanita tan atareada han llevado estos dignos funcionarios!

No hay Círculo grande ni chico, ni Casino más ó menos aristocrático, que no haya recibido su correspondiente visitita.

Y se dice por ahí—no respondemos de la exactitud de la noticia—que los socios de algunos centros recreativos están que trinan.

Entre ellos los socios del Casino de Madrid y el Círculo Militar.

Por cierto que no sé de qué se quejan los primeros.

Entró el juez en el salón de juego, hallólos con las manos en la masa, ó en la mesa, mejor dicho, y se limitó á parodiar al banquero, diciendo con los mejores modos del mundo:

—¡No va más!

Y todas las medidas que tomó quedaron reducidas á tomar las medidas de la mesa.

Medida trascendental y de ebanistería.

Para eso, en vez de ir el señor juez, hubiera debido ir D. Camilo Laorga.

U otro fabricante cualquiera.

Verdad es que se llevó algunas fichas, pero no molestó á los señores socios. En cambio, aseguran que á los de otro Círculo los sacaron á la calle atados codo con codo.

Con éstos se tomaron otras medidas.

Las de los brazos.

Y no se salvaron más que los que pudieron ejercitar las piernas.

Y tocar á talones.

Y mientras el alguacil decía: ¡no va más, replicaban ellos: ¡ande el movimiento!

Pero lo verdaderamente grave, si el caso ha ocurrido como lo cuentan, es lo sucedido en el Círculo Militar.

Allí entró un alguacil apuntando.

No dos pesetas á la sota, sino con un revólver. No disparó, por supuesto.

Aquello fué sin duda para asustar á los contertulios, y esto es lo que ellos no pueden tolerar.

¡A bravos militares, á hombres encañados en el servicio de las armas, á generales y brigadieres—que quizá los hubiera alrededor de la mesa,—que han dado pruebas de valor en los campos de batalla al frente del enemigo, quererles asustar con un miserable revólver de seis tiros!

¡Pronunciar ante ellos la frase sacramental con que se sorprenden los garitos y las chirlatas de menor cuantía! «¡Por S. M. el Rey!» Hay para desesperarse.

Por lo demás, tampoco allí se molestó á nadie. El alguacil entró con mucho fuero; pero el *ídem* militar amparaba á los socios.

Y se llevó el juez otro puñado de fichas, y se tomaron las medidas que requería el caso.

Las medidas de la mesa, como en el otro Círculo.

Y preguntamos nosotros, con la supina ignorancia que tenemos de estas cosas:

¿Influirá el mayor ó menor tamaño de la mesa en la penalidad que tenga el delito de jugar? Porque siendo así, jugando en mesitas muy chiquirrititas...

De seguro que los jugadores que sacaron atados del otro Círculo jugaban en mesas incommensurables.

No puede ser otra cosa.

El resultado de esta enérgica campaña será indudablemente fructífero, salutífero.

ro y de un gran resultado para las familias. En su odio al juego, se asegura que el señor Ministro prohibirá, muy en breve, la comedia *Jugar al escondite* y la aplaudida zarzuela *Jugar con fuego*.

La Dirección general de Correos publicará dentro de unos días una circular, mandando que en lo sucesivo las cartas no se llamen cartas.

Se llamarán *misivas*. No quedarán en pie más que dos juegos.

El juego escénico, y el juego de la Lotería Nacional.

Sabemos que los funcionarios, tanto del orden gubernativo como del judicial, están dispuestos á secundar con todas sus fuerzas las órdenes de la superioridad.

Y he aquí una prueba de nuestro aserto.

La hija de uno de estos funcionarios, hermosa muchacha por cierto, está en vísperas de contraer matrimonio.

Como es natural, la niña está trabajando afanosamente, hace días, en su *trousseau*.

Hace pocas noches entró el padre en casa hosco y mal humorado; la joven bordaba á la luz del quinqué con febril actividad, inclinada sobre un inmenso bastidor.

—¿Qué hace la niña con ese armatoste tan grande?

—Hombre, contestó sonriendo la mamá; es que se está bordando el juego de cama.

Oír la palabra *juego* y darle un puntapié al bastidor, fué para aquel celoso funcionario obra de un momento.

—¿Juego?... ¿Juegos en mi casa? ¡No sabes que soy el encargado de perseguirlo en mi distrito! ¡Si llega á enterarse el Gobernador!

—¡Considera que los juegos de cama no están prohibidos!

—¡Por si los prohíben! Y ni una palabra más. Toma, añadió después tranquilamente; guarda esos dos décimos que he comprado en las Cuatro Calles. Es un número muy bonito, el 100 *pelao*.

Hace bastantes años se estrenó en el teatro de la Infantil una pieza, ó cosa así, titulada *Arte de no pagar al casero*.

No vimos la obra; pero de seguro que los medios que en ella se propusieran no serían tan eficaces y enérgicos como los puestos en práctica por el inquilino del piso cuarto de la casa número 1 de la calle de Vergara, en Barcelona.

Al ir á cobrar el casero, este inquilino le ha disparado cinco tiros de revólver, dejándole muerto en el acto.

No se comprende semejante atrocidad, á no ser que el inquilino en cuestión hubiera resuelto no pagar más alquileres en su vida.

Porque siendo éste su propósito, ya lo ha conseguido.

Ya tiene domicilio gratis mientras viva.

Para eso están las cárceles; para esta clase de inquilinos.

Lo deplorable es que va á tener muy mala vecindad.

Aviso mundano. Leí este anuncio, con letras gordas, en la tercera plana de *La Correspondencia*, y me puse á temblar.

Afortunadamente la cosa no traía malicia.

Era el anuncio de unos corsés maravillosos.

¡Ya me figuro las maravillas que contendrán estos corsés!

Corsés de *matute*. ¡Decepciones para el regreso de la Vicaría!

¡Como la de aquel pobre marido, que pensaba hacer un viaje de tornaboda por las pintorescas montañas de Suiza, y no pudo pasar de las estériles llanuras de la Mancha! Por falta de dinero, por supuesto. No vayan ustedes á figurarse...

Leo en un colega de San Sebastián:

«Una familia de Irún posee una gallina que no pone los huevos de oro, pero que los pone muy raros y fenomenales.

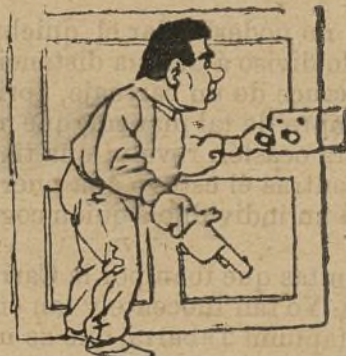
»Los huevos son de forma natural, pero el tamaño es una cosa muy superior.

»21 centímetros de alto por 18 de diámetro.

»Estos huevos tienen dos cáscaras y varias yemas.» ¡Cáscaras!

Dig á usted que es maravilla huevo tal; y por lo nuevo, aquella gente sencilla irá por toda la villa, de fijo, enseñando el huevo.

E. NAVARRO GONZALVO.



Epístola contra el teatro moderno.

(A FRANCISCO SENANTE)

Me ofreces ocasión, y la aprovecho.
¿Ha de doblarse siempre la cabeza
Ante la fuerza estúpida del hecho?
¿No ha de haber quien realice la proeza
De protestar con varonil coraje
Contra tanto baldón, tanta impureza?
¿Dique no se ha de alzar, que al fin ataje
El torrente que ahogarnos amenaza
Y ya de lodo nos constela el traje?
Sí, ¡Plaza á la moral, al arte plaza!
¡Mercaderes del templo de Talía,
Vuestra faz surque con sangrienta traza
El látigo que Apolo esgrimiera,
Si el cotidiano ultraje conociera
Con que ofendéis á música y poesía!
Ronca la voz, la mano en la cadera,
Trocada está Talía pudorosa
En una vil y lúbrica ramera.
Su lengua, en otro tiempo temerosa
De proferir palabras malsonantes,
Hoy, perdido el recato, las rebosa.
Dama que en los palacios vivió antes,
Alcanzó de discreta fama eterna,
Y vistió sedas y lució brillantes,
Mudó su condición, de altiva en tierna,
Desciñóse las galas, y hoy es solo
Una prosaica moza de taberna.
En torno al Ecuador, de polo á polo
Resuene nuestra voz, Francisco amigo,
Y rápido la esparza el dios Eolo.
Tú sabes bien, y el cielo me es testigo,
De que, por más que airada mi voz brote,
Aun siento mucho más de lo que digo.
¿Cuándo, preguntas, del tremendo azote
Que la española escena deshonora,
(presa del más osado y del más zote)

Libre se encontrará? ¿Cuándo la hora
Postera sonará del cautiverio?
¡Ay! ¡Aún no brilla tan rosada aurora!
Olvidado y proscrito el arte serio,
Es cada drama decepción horrible,
Cada estremo, afrentoso gatuperio.
El escándalo raya en lo increíble,
Y es fuerza descubrir la verdad toda;
Supón, por un momento, un imposible:
Que meterte á empresario te acomoda
Y hacer negocio quieres; pues cultiva
El género indecente que está en moda.
Nada de mantener enhiesta y viva
La llama sacratísima del arte;
Nadie quiere ser ya vestal cautiva.
Disgustos y metal puedes ahorrarte
Exhibiendo en la escena Evas desnudas,
O con hojas de parra en cualquier parte.
¿De la verdad de mis asertos dudas?
Si sigues obediente mis consejos,
Verás cuán pronto de opiniones mudas.
¿Temes quizá de los censores viejos
Las protestas, insultos y alharacas?
¡Ríete de tan lúgubres vengejos!
Verás qué presto su furor aplacas
Y al crítico mordáz vuelves jalea...
¡Oh poder singular de dos butacas!
No hay quien en tales redes no se vea
Que de la más estúpida poesía
No diga que le encanta y le recrea.
¡Maldita una y mil veces *La Gran Via*,
Que trajo en pos de sí, cual regia corte,
Tanta basura y tanta grosería!
Hoy es la liviandad único norte,
Y engendros tan raquíuticos y obscenos
No hay anémico ingenio que no aborte.

No creas sistemáticos mis truenos:
Rota de la decencia está la valla,
Y avergonzados cállanse los buenos.
Perdida ya del arte la batalla,
Los que en su pro combaten ¡suerte triste!
Ven que el arte adorado se encanalla.
La desvergüenza sustituye al chiste,
Y, al asomar la risa á nuestra boca,
De vergonzosa mueca faz reviste.
Fuerza es tener el corazón de roca
Para poder mirar indiferente
La turba que nos cerca y nos sofoca.
Bajó Talía el áspera pendiente,
Y Euterpe, la inspirada, la divina,
A seguirla se apresta diligente.
Ya su canto las almas no fascina;
Olvidados su estirpe y alto rango,
Mejor le fuera al ciego de la esquina
Imitar con el clásico fandango,
Que atormentar la vista y el oído
Con el procaz libidinoso tango.
¿Dónde, amigo sin par, dónde se han ido
Las dulces melodías de Arriaga
De los Comes el número y sonido?
¡Ay! Todo lo arrasó la egipcia plaga
De músicos sin arte y sin idea
Que cual langosta por los campos vaga.
Luchemos con tan pérfida ralea,
Y esa Escuela (1) que hoy nace, cual vivero
De defensores para el arte sea;
Nombre así logrará imperecedero,
Y de las Musas el virgíneo coro,
Para ejemplo del mundo venidero
Escribirá ese nombre en letras de oro.

LUIS CÁNOVAS.

(1) Aludo á la creación de la Escuela municipal de Música y Declamación de Alicante.

TABARRA

Que no conocen ustedes á Tabarra?... ¡Bah! Lo que es que no caen ustedes así al pronto.

Días pasados tuve la desgracia de no poderle dar el quiebro como otras veces; porque en cuanto lo divisó á alguna distancia, me meto en un portal, aprovecho el cruce de un carruaje, aprieto un poco el paso, ó me ingenio siempre de tal manera, que me hago invisible. Recuerdo que en cierta ocasión revolví una tienda entera de paraguas y bastones mientras él estuvo á la puerta del establecimiento, dándole la lata á un individuo á quien cogió por su cuenta.

Aquellas dos pícaras rubias tan bonitas que iban por la Carretera de San Jerónimo tuvieron la culpa. Yo tan inocente y tan embobalicado, mira que te mira, y... ¡cataplum! Tabarra, que se me cuelga de las dos solapas de la americana.

—Aquí lo quería yo coger á usted, dijo Tabarra dando voces formidables; aquí lo quería yo coger á usted. ¿Conque esas son todas las ocupaciones que lo traen á usted tan atareado y que no le dejan tiempo para nada, ni siquiera para ver á los amigos, eh? Se viene por aquí á buscar rubias bonitas...

—Hombre, yo no vengo á buscar rubias, ni morenas, ni nada. Pasaba por aquí, bastante de prisa por cierto, porque voy á un asunto muy urgente.

—¡Sí, sí, bueno está usted! Apariencias de fray Tranquilo, y después... ¡Fíese usted de estos cartujos! Pero ¡ya se vel continuó cambiando de tono; los ricos no quieren tratarse con los pobres Sólo por milagro se le echa á usted la vista encima.

El apodo de rico que me propinaba mi interlocutor me sonó así como á sarcasmo, graduado de insulto.

—¿A que no cambia usted su fortuna por la mía? le dije, por decir algo.

Aquí Tabarra se apoyó con ambas manos sobre uno de mis hombros, derribándome casi; dejó caer la frente sobre las manos y prorrumió en una carcajada ruidosísima, mientras yo hacía esfuerzos nada insignificantes para soportar el peso de aquel armatoste y los vaivenes que me hacía dar en las convulsiones de su risa, tan estúpida como extemporánea. Por fin todo aquel ruido y movimiento paró repentinamente en seco, cual si obedeciese á un resorte, y Tabarra, irguiéndose de nuevo, me dijo con el aire más natural del mundo:

—Vamos á ver: ¿qué se hace ahora? Lo de siempre, ¿eh? Usted siempre con sus mismas ocupaciones. ¿Ha terminado usted ya el libro que estaba haciendo? Y de teatro, ¿qué hay? ¿No prepara usted ninguna obrilla para esta temporada? Verdad que eso debe ser cosa de un santiamén. Enjarete usted ahí un buñuelo, un mamarracho cualquiera. Usted para eso tiene buena disposición.

—Gracias.

—Pero... ¡caramba! usted no está bueno. Tiene usted mal color, está usted más delgado. Pues no hay que jugar. Cuidarse, cuidarse.

Durante todo este diluvio de frases, Tabarra, con aire casi paternal, me había deshecho y vuelto á hacer primorosamente el lazo de la corbata.

—¿Adónde va usted ahora? continuó preguntando mi infatigable interlocutor.

—¡Al Viaducto!

—Hombre, al mismo Viaducto no será, porque no creo que esté usted desesperado y piense suicidarse. Irá usted á algún sitio próximo al Viaducto.

—Sí, señor; muy próximo, en extremo próximo. Y me voy en seguida... ahora mismo... porque me están aguardando.

—¿A qué hora tiene usted la cita?

—A las cuatro en punto.

Esta respuesta imprevista é irreflexiva fué causa de mi perdición. Tabarra introdujo sus dedos en el bolsillo de mi chaleco, y poniendo ante mis ojos mi propio reloj, exclamó con aire de triunfo:

—¡Somos felices! Disponemos todavía de más de tres cuartos de hora. ¡Mire usted, son las tres y diez!

—No puede ser: mi reloj atrasa una barbaridad.

—Nada de eso. Aquí está el mío; marca la misma hora, y acabo de arreglarlo con el cronómetro de la calle de Sevilla. Lo que es media horita, no hay quien nos la quite. Tengo que contarle á usted muchas cosas, pero muchas.

Esto diciendo, se colgó de mi brazo y echó á andar, llevándose á remolque.

—Ya sabe usted las cosas de mi dichoso yerno, continuó el implacable Tabarra; yo no soy para él más que un cero á la izquierda. Se ha





—¡Que yo no sirvo para el Real! Y pá los dos reales, y pá una peseta si á mano viene, que no caerá esa breva.



—¿Se acuerda usted de aquel Comendador que hacía yo? ¡Cuando iba en busca de D. Juan con mi hermosa escopeta de dos cañones y mi canana! ¡Aquello era hacer papeles!



—¡Vamos, que si toa la presencia y presopopeya que me traigo aquí la tuviera en el redondel, no eran trufos los que se ganaba un hombre!



—Mis condiciones son: dos pesetas, ropa limpia, y que los autores me escriban papeles en los que yo pueda cenar en escena. Cena que usted paga, por supuesto.



—¡Conque usted es del teatro! ¿Y á qué género se dedica usted?
—La verdad, el género que más me gusta es el de los señores de estado, porque los hijos de familia no resultan tanto.



Maestros de *esgrima* establecidos en todas las esquinas de la calle. De dos pesetas para arriba.



EL QUE HAMBRE TIENE...

—¡Parece un empresario!...



LO MÁS ELEGANTITO Y ASIDUO DE LA CALLE

propuesto que yo haga un día una de *pópulo bárbaro*. Y el camueso de su padre le da toda la razón, y anda diciendo por ahí que yo soy un pesado y un majadero, que me meto en lo que no debo meterme, y que patatín, y que patatán, y que pitos, que flautas, que tal y que cual, y qué sé yo. ¿Me ha entendido usted? Y que su hijo se ha casado para ser el dueño de su casa, y no para que un memo como yo vaya á infernar el matrimonio; y que mi hija es una mártir, que tiene que estar contemporizando con los unos y con los otros, y, en fin, la mar. ¡Usted no sabe, querido, usted no sabe! Por supuesto, que lo que es al animal de mi consuegro, se la tengo jurada. El día menos pensado lo agarro...

Habíamos llegado, á todo esto, á la esquina de la calle de Sevilla y la de Alcalá. Allí, Tabarra se detuvo de repente, se me puso delante, y dándome una manotada bastante fuerte en un hombro, siguió diciendo con voz cada vez más alterada y aire más furibundo, como si hablase con su consuegro:

—Le digo á usted que esto no puede seguir de este modo, que esto va á acabar mal. Un día lo agarro así, por la solapa, y le digo, aun cuando esté delante el lucero del alba...

Tabarra, poseído de su papel, acompañaba la palabra de la acción, y me zarandeaba á un lado y á otro, mientras decía ya á grito herido:

—¡Todo se sabe!... Sé que anda usted desacreditándose por ahí. ¡Y yo tengo que decir, para



que se entere todo el mundo, que es usted un far-sante, un estafador, un miserable, un canalla! Los numerosos grupos que llenan constantemente la calle de Sevilla habían acudido á los gritos, se habían detenido muchos transeúntes, y éramos el blanco de la curiosidad de toda aquella gente. No cabía duda: á los ojos de los curiosos, todos aquellos improperios iban dirigidos á mí. Cuando me di cuenta de la situación, sentí que la sangre se me subía al rostro, y estuve tentado de estrangular entre mis manos al necio que tenía delante. Por suerte para él y para mí, la mirada de aquel imbécil se fijó en un individuo que cruzaba por la acera de enfrente, y gritó señalando á él:

—Ahí va uno que esta enterado de todo. ¡Sr. D. Antonio! ¡Ehl! ¡D. Antonio!

Tabarra echó á correr para traer á mi presencia á «D. Antonio», y yo aproveché aquella coyuntura para escabullirme y tomar precipitadamente un simón que pasaba por allí.

—¿Adónde, señorito?

—¡Al Viaducto! ¡Adonde quieras! Pero á escape. Dos reales de propina.

Y sudoroso, fatigado, me dejé caer sobre el duro almohadón del carruaje, maldiciendo hasta del nombre de Tabarra y de su desdichado encuentro.

Vamos á ver, ¿no tenía yo razón?

¿A que conocen ustedes á Tabarra?

JOSÉ TORRES REINA.



ARISTARCOS Y ZOILLOS

El remedio deste daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras: que ellas por sí mismas les darian fama y claro renombre, sin andar mendigando ajenas alabanzas.—CERVANTES.

A los seiscientos años de muerto el cantor de la *Iliada*, se le ocurrió á uno de sus ingratos compatriotas salir atacando su gloria con la envidia del mono, con la saña de la pantera. Y á tales extremos llegó Zoilo en sus peroratas y escritos, que mereció el burlesco dictado de «azote de Homero», azote tan ayuno de cultura como sobrado de pedantería.

Pero transcurrió tiempo; formuló Aristóteles, armonizando lo real con lo ideal, las leyes de la belleza, y Aristarco, inspirado en ellas dos siglos antes de Jesucristo, publicó las obras del inmortal ciego de Esmirna, anotándolas de modo tan ilustrado y juicioso, que ganó renombre impercedero de crítico de ciencia que instruye y de conciencia que moraliza.

Hoy, como ayer, la mala hierba crece más que la buena; y en toda República Literaria, y particularmente en la Española, abundan menos los Aristarcos que juzgan que los Zoilos que muerden.

Para éstos «criticar» equivale á «censurar.» Especie de quebrantahuesos que sólo gozan en roer, olvidan que la «censura» es una parte de la «crítica», que tiene también otra de «aplausos.» Y como roen sin ton ni son, de aquí el descrédito en que van cayendo; de aquí la desconfianza del público ante la injusticia con que son tratados ciertos autores.

Al uno se le combate con todo género de armas, incluso las del silencio ó del ridículo; y, sin embargo, se venden y encomian sus obras entre la gente de buen gusto. Al otro se le ensalza y vitorea, y hasta se le expide credencial de *genio*; y, sin embargo, conocido el artificio, nadie se acuerda de su nombre. ¿Qué importó que nuestros Zoilos del siglo XVIII compararan á Comella con Calderón y á Churriguera con Miguel Ángel? Las críticas pasan y las obras quedan.

A fijarnos más en ello, pronto sanaríamos de burdas exageraciones, rayanas en locura. Pero repito que somos así. Y prueba que lo somos que lo mismo divinizamos hoy á Peral antes de que descubra el submarino, que encadenamos ayer á Colón después que hubo descubierto la América.

Con semejantes extravíos, fomentados por la inquina entre llorones Heráclitos y risueños Demócritos, que se destruyen mutuamente, sin comprender, faltos de sentido común, que la causa de cada uno es la causa de todos, va resultando nuestra crítica una verdadera jerigonza. Y á la injusticia sigue el error, y al error el desorden.

¿No sabes inventar? Pues abajo la fantasía. El drama y la novela serán trabajos meramente de observación, algo á modo de anfiteatro de anatómico ó de inventario de prendería, con poco enredo, con poco interés. Un plato de ternera sin ternera.

¿No sabes escribir? Pues abajo la retórica. La

expresión galana del sentimiento es una afeminación; el pudor sociológico del pensamiento una nimiedad. El algodón imponiéndose á la seda; el instinto brutal á la virtud heroica.

¿Eres descreído? Pues abajo toda religión positiva. Al cabo, cuesta menos destruir que edificar.

¿Eres desdichado? Pues abajo todo lo existente. Degollemos á la humanidad, apaguemos el sol, y sobre cadáveres y entre sombras, á bailar la *danza macabra*.

Por fortuna, el mundo se rige por leyes providenciales. Y la esperanza sonríe al desdichado, y la fe anima al creyente, y el que nació para escribir, escribe, y el que nació para fantasear, fantasea; importando al genio el roer de las medianías lo que importa á la luna el aullido de un perro.

Mas no por eso nos durmamos, siquiera excitemos la bilis de ciertos pesimistas que ambicionan dirigir solos á la muchedumbre, ó siquiera turbemos el reposo de ciertos optimistas, que suponen que la Verdad no ha menester de defensores: exclusivismo y dejadez maniacos, que merecían que el cielo se hundiera, y ya se hunde para algunos, menos por el empuje de los titanes que le conmueven en las sacudidas de su desesperación, que por la miopía de los mochuelos á quienes ofende la perspicacia de las águilas.

La vida es una batalla, donde hay que luchar como valientes, aplaudiendo con rectitud, censurando con educación y guiando con nobleza. Nada de fanatismo de bandería. Algunas discusiones literarias sobre los géneros clásico y romántico, idealista y realista, evocan el recuerdo de las discusiones bizantinas. Para mí sólo hay dos géneros en las manifestaciones intelectuales: el bueno y el malo; y aquél se aproximará más á la perfección cuanto mejor combine todos los elementos. El Arte es el espejo de la Naturaleza. Y la Naturaleza ofrece llagas que hieden y rosas que perfuman. Nada de interés egoísta. El sacerdocio del alma, en su triple culto moral, estético y científico, exige de nosotros hasta el martirio. Arrostrémosle agujoneados por sagrado deber, y si no vencemos en lo presente, venceremos en lo porvenir. Mala es la tiranía de arriba; peor la de abajo; y peor la conjunción de ambas. Y, sin embargo, tanta maldad reunida no bastó á eclipsar al semidivino Sócrates, bebiendo la cicuta ante los gentiles, ni al divino Jesús expirando en una cruz ante los fariseos.

Inspirados en tan altos ejemplos, cumplamos nuestra misión sobre la tierra. Y cuando cese el estruendo del combate; cuando se desvanezca el humo de envidias, enojos y demás pasiones mezquinas; cuando sólo queden las obras, y nada valga á los que las estudien que sus autores fueran gobernantes ó gobernados, visiteros ó retraídos; entonces caerán muchos soberbios y se elevarán muchos humildes; entonces, y sólo entonces, se distinguirá el oropel, del oro; el ruido, del mérito; la popularidad, flor de un día, de la gloria, siempre viva eterna.

ABDÓN DE PAZ.



En la Comedia.

Págueme Dios á D. Antonio Sánchez Pérez aquellos párrafos de castiza y bien condimentada prosa que, deslizándose en el diálogo de la obra cuya estrenada el miércoles en el teatro de la Comedia, le hacían á uno deleitarse y olvidar la forma de escribir que ahora se traen algunos autores, como olvida el naufrago, en presencia de una costa hospitalaria, los horrores y las peripecias del naufragio.

Fama envidiable goza D. Antonio Sánchez Pérez de prosista correcto, si bien libre de esos amaneramientos empalagosos que distinguen á cuantos suponen que el toque de la corrección y del clasicismo está en revolver despiadadamente el Diccionario y construir párrafos enrevesados y punto menos que ininteligibles, escogiendo para el caso aquellas palabras, de puro antiguas, apóstosas, y que ya no se usan por ninguna persona de sentido común.

No pertenece el autor de *El primer choque* á estos rebuscadores de la lengua, que mejor parecen traperos que literatos; su estilo es sencillo, inteligible y correcto como habrá poco; en su sencillez y en su corrección estriba la dificultad de imitarle.

Excusado es decir, por consiguiente, que la obra estrenada en el teatro de la Comedia es distinguida por lo bien escrita; pero conviene manifestar que, por su propio argumento y prescindiendo de las galas que la enaltecen, resulta muy interesante y fué muy del agrado del público, que la aplaudió de todas veras y con íntima satisfacción, obligando á presentarse al autor en escena repetidas veces al finalizar los actos segundo y tercero.

No es cosa de narrar punto por punto el argumento, y más cuando á estas horas hanlo ya narrado todos los periódicos de Madrid.

D. Antonio Sánchez Pérez se ha propuesto demostrar en *El primer choque* los inconvenientes que reporta el educar á las hijas en el extranjero y lejos de la casa paterna, y ha conseguido su propósito.

El colegial que, tras de pasar seis años encerrado en un colegio francés, vuelve á su casa y se ve de pronto obligado á vivir en un mundo que desconoce por completo; los disgustos que con tal motivo se originan; los conflictos que provoca; la conducta extraña que sigue; las determinaciones que toma, todas esas faltas, en fin, provenientes de una educación retraída y mercenaria, están admirablemente representados por el Juanito de *El primer choque*, que, según se enamora de una muchacha modesta y modista, pudo enamorarse de una modista que no fuese modesta y traer un infierno á casa de los padres.

El primer choque se arregla bien, afortunadamente, después de varias escenas llenas de ternura, de naturalidad y de observación cuidadosa, y la obra termina á satisfacción de todos.

Díganlo, si no, los que asistieron al estreno y no se cansaban de aplaudir.

Elogios, y grandes, merece Emilio Mario por el cuidado que ha puesto al ensayar la obra—circunstancia que se echó de ver desde las primeras escenas—y por sus talentos de director artístico, que son excepcionales, no ya en esta tierra, donde tan poco caso hacen de las obras los encargados de dirigir las y ensayarlas, sino también en aquellos países y grandes capitales del extranjero que se distinguen por el esmero y cuidado con que en ellas es atendido todo cuanto al mejor éxito de las representaciones teatrales se refiere.

La interpretación de la obra fué admirable; todos los detalles, todas las frases á que el autor había dedicado los esfuerzos de su talento y las agudezas de su pluma, llegan al público fielmente, sin aparecer desvirtuados en lo más mínimo, con su justo alcance y su verdadera intención.

Josefa Guerra, interpretando á maravilla su papel de madre cariñosa, estuvo muy bien y muy guapa, y no digo nada de Julia Martínez, de Carlota Lamadrid y de María Guerrero, porque dudaba uno qué sería más de admirar de ellas, si la naturaleza ó el arte. Nada: que se comprenden los enamoramientos de Lorenzo y de Juanito y de todo el mundo, luego de haber visto á aquellas hermosísimas criaturas.

Y á propósito de Juanito (García Ortega), cumple decir que interpretó como un actor consumado su difícilísimo papel, y que el público no hizo nada de más en aplaudirle, como no hago yo nada de más tampoco en felicitarle.

Asimismo estuvieron muy acertados los señores Mario, Sánchez de León y Rosell, resultando el conjunto de la obra verdaderamente inmejorable.

Mi enhorabuena al aplaudido autor de *El primer choque*; mi enhorabuena á Mario; mi enhorabuena á los actores, y mi enhorabuena á mí mismo, que de todas veras me la doy por el triunfo de D. Antonio Sánchez Pérez.

D. J.

Pacotilla.

Ya terminó el bullicio de las playas,
yéndose las mujeres
que sus bonitas é incitantes formas
mostraron á los peces.

Ya quedaron desiertos los pinares
del Sardinero alegre,
testigos mudos, pero acusadores,
de más de dos belenes.

Miradas de ojos negros ó castaños
en órbitas de nieve,
á la orilla del mar y en noche clara,
¡vaya un poder que tienen!

Anhelos en el alma, ya dormidos,
á despertarse vuelven,
y brota del amor la primer chispa
en el joven imberbe.

Ilusiones, antojos y deseos
¡mentira! nunca mueren.
Son faros en el mar de la existencia:
se apagan y se encienden.

Pero... ¿qué estoy diciendo? ¡Yo subido
en alas de la mente,
en las altas regiones, donde sólo
las águilas se ciernen!

¡Yo en la regia morada de las Musas
de sopetón meterme,
sin haberme traído una tarjeta
de Grilo ó de Cañete!

¡Yo del Parnaso en la empinada cum-
(bre
sin permiso del jefe!...
¡Yo por estas alturas y á estas horas!
¡Vamos, bájate, Pepel!

No era, en verdad, preciso subir tanto
para decir á ustedes
que las playas del Lindo Sardinero
se han quedado sin gente.

¡Hombre... hombre!

Un español ha presentado una solicitud al sultán de Marruecos, y éste mandó entregar veinte duros al peticionario.

¡Vamos! Ese español debe ser algún partidario de la guerra contra el moro.

Quiere, sin duda, que España
tome otra vez á Tetuán,
y ha empezado la campaña
dando un sablazo al Sultán.

Leo en un cartel de baile que tengo á la vista: «Billete de caballero con tres señoras, 20 reales.» No me parece caro, no señor. ¡Digo! ¡Aunque fuera con una señora sola, si era guapa, se podía dar el duro por el billete!

Un trabajador navarro,
según noticia que leo,
levanta, sin hacer fuerza,
dieciocho arrobas de peso.

A ese Sansón pretencioso
cuatro pesetas le apuesto
á que no levanta á Cánovas
y le pone en el Gobierno.

En un banquete.

Un convidado acercando una botella de Chartreux á otro:

—¿Quiere usted Chartrés?

—Bueno, hombre; no hay inconveniente. ¡Echaré aunque sean cuatro!

Ha desaparecido
de su morada
un joven, que se ha ido
sin decir nada.

Esto que se menciona
pasó en *Bilbado*...
¿Quién será la bribona
que lo ha robado?

¡Cuidado con leer lo que sigue sin agarrarse á un mueble!

Dos ayuntamientos de Extremadura han nombrado comisiones para que pasen á Badajoz... (¡vamos, no lo digo; se van ustedes á desmayar! ¡Me dan ustedes palabra de permanecer impávidos? Pues allá va; pero no respondo de las consecuencias):

.....para que pasen á Badajoz á buscar saludadores ó saludadoras, con motivo de haber sido atacadas de hidrofobia algunas reses.

Vayan los saludadores,
si tienen poder bastante,
para curar la *hidrofobia*
y además la *hidrobarbarie*.

Resulta que se ha presentado en Madrid el joven Regulez á enseñar á las autoridades la cabeza que usa á diario.

De modo que no era de él esa cabeza que se ha encontrado en el arroyo.

Ahora lo que procede es que se encargue, por medio de un edicto, á la policía y á la Guardia civil de toda España, la busca y captura de un individuo que no tiene cabeza.

O anunciar en todos los periódicos el hallazgo, á ver si se presenta el mismo dueño á reclamarla.

Deja, lector, que me adija,
dispensa que me contriste,
y que no halle en la valija
de mi cacumen ni un chiste.

Perdí el domingo un tesoro
resto de mis capitales.
¡Era una moneda de oro
de esas que valen cien reales!

Redonda como una rueda,
brillante, limpia, dorada...
¡No era aquello una moneda!
¡Aquello era una monada!

No sé dónde se extravió
la que de llorar me seco.
¡Sólo sé que me faltó
del bolsillo del chaleco!

Mi cruel angustia no aplaco
aunque apele á mi heroísmo.
¡Me voy á quedar más flaco
que el forro de un catecismo!

¡Adiós, moneda querida!
¡Adiós, brillante lucero!
¡Me has jugado una partida
que me ha partido, salero!

JOSÉ ESTEÑI.





—ADMIRACIÓN

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y muy reconstituyente. Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central: Jardines, 15, Madrid.

Carlos Fernández Shaw.

TARDES DE ABRIL Y MAYO

Un elegante volumen en 4.º con ilustraciones de Cuchy y cubierta *Japón*,

TRES PESETAS

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

J. NAVARRO REZA

Latigazos

Poemas microscópicos.

Un volumen ilustrado, y cubierta fantástica,

UNA PESETA

LUIS DE ANSORENA

COSAS DE AYER

Poema en dos cartas.

Precio: **una peseta.**

PEPA B^{ooo}

Gotas de Coñac.

OBRA TÓNICO-FESTIVA

Un lujoso volumen en 4.º, con numerosas ilustraciones en color,

TRES PESETAS

JULIO DE LAS CUEVAS

El espejo del alma.

POEMA

Un volumen ilustrado, y cubierta en colores,

UNA PESETA

LIBRERÍA

DE LA

VIUDA DE POZO, É HIJOS

Obispo, 55, Haban.

Agentes en Cuba para la suscripción y venta de

Los Madriles.

JOSÉ VELARDE

TOROS Y CHIMBORAZOS

Libro de actualidad.

Precio: **una peseta.**

¡SÓLO PARA HOMBRES!

CUENTOS ILUSTRADOS

Se han publicado 12 tomos, que se venden sueltos á

UNA PESETA

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

Todas las obras arriba mencionadas se hallan de venta en todas las librerías de España y América. Se sirven por el correo, franco de porte, haciendo los pedidos á esta Administración, acompañados de su valor en sellos ó libranzas del Giro mutuo.